

NÚMERO EXTRAORDINARIO

OBLATUS EST QUIA IPSE VOLUIT

SE OFRECIÓ PORQUE ÉL MISMO LO QUISO

OR todo extremo conmueve y enternece la pasión de nuestro adorable Jesucristo. Lluvia tempestuosa de golpes y dolorosas heridas fué la que cayó sobre su delicado cuerpo: fueron olas de deshonras, contumelias y sarcasmos las que acibararon su ánimo. La Cruz fué el colmo de sus tormentos; el abandono de su Eterno Padre, la más fría niebla para su alma.

No habrá martirio como el cruelísimo padecido por este *varón de dolores*: no habrá corazón atravesado por más envenenados y traidores dardos.

Pónenlo de manifiesto, y describenlo gráficamente los oráculos de los Profetas. Isaias dice: "No le ha quedado rastro de su hermosura y brillo: le vimos, y había desaparecido su figura: no le conocimos. ¡Ay! despreciado, y el último de los hombres, varón de dolores y hecho á padecer... le consideramos como un leproso, herido y humillado por la mano del Omnipotente."

Y David: "Yo no soy hombre, ni como á hombre se me ha tratado; yo soy vil gusano, oprobio de la humanidad y abyección de la plebe..."

Pero si ofrece compasiva y tiernísima meditación á los fieles ver lo que padece por nosotros nuestro Redentor, sube de punto y desfallece el ánimo de ternura al considerar la voluntad generosa y el amor con que padece. Los profetas habían de revelarnos igualmente esta inestimable cualidad de tan cruenta é ignominiosa pasión.

"Fué él, el amoroso Redentor, quien se ofreció por víctima, y de su espontánea voluntad: *Oblatus est, quia ipse voluit*... Y se cubrió él de todas nuestras iniquidades; *peccata multorum tulit*," saliendo responsable ante la divina justicia. Por esto descargó sobre él esa incontaminada justicia: *para expiación de las maldades de mi pueblo le he azotado*....

Y saber que vivió con el ansia permanente de sumergirse en ese bautismo y océano de amargura! Templar él las delicias inefables del Tabor con la memoria de su pasión venidera!... ¡Oh huerto de Getsemaní, testigo de las batallas del alma más generosa y heroica! Tú eres la página y enseñanza más clara para mí del magnánimo corazón de Jesús.

Jesús se preparó para el horripilante trance con la comunión de sí mismo y la oración á su Eterno Padre. Para todo reo, la oración y plática son de consuelo y aliento; vélele lo amargo, presentando á su vista sólo ideas confortantes. Jesús, desatadas las pasiones del tedio, del pavor y la tristeza, eligió ahondarse en la oración de aridesces y desabrimientos. Colocó su imaginación y entendimiento frente á frente á todos los extremos de su bárbara pasión...; y apartando los ojos de tanta hez, los dirigió á su Padre, suplicando le

librara de cáliz tan repugnante. Pero era la voluntad divina, y se abrazó nobilísimamente con todo el mar y las aguas de la tribulación, no sin sudar sangre de estremecimiento, y sentir las congojas de la agonía. Y recibido el ángel, y dada la hora, sale al encuentro de sus enemigos. "Soy yo á quien buscáis; dejad á mis discípulos libres," y se entregó á la potestad de las tinieblas, para ir como oveja al matadero, sin abrir su boca...

Cuando desde lo alto de la Cruz, abiertos sus brazos y con la mirada al cielo, pronunció su *consummatum est*, debió de estallar su corazón, en aire de triunfo y amor, y ordenó que una lanza abriese su pecho, y manifestase á los mortales la fuente de las gracias, el raudal dulcísimo de los sacramentos, con que nutrir y regalar á su esposa santa, la Iglesia católica.

† FR. TOMÁS
Obispo de Salamanca.

EL CAMPO DE LA SANGRE

HAK-ED-DAMN

CUANDO Judas Iscariote, llamado así por haber nacido en la aldea de Kerieth (Isch-Querrioth, hombre de Kerieth y vulgarmente Carioth), después de haber entregado á Jesús, vió que le habían condenado á muerte, llevado de arrepentimiento, devolvió las treinta monedas de plata á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Ancianos diciendo:

—Pequé entregando la sangre inocente. Y ellos dijeron:—¿Qué nos importa á nosotros? viéraslo tú.

Entonces Judas, arrojando las monedas en el templo, retiróse, fué y se ahorcó de un lazo.

Los Príncipes de los Sacerdotes tomaron las monedas y dijeron: No conviene meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre, y deliberando sobre su inversión, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros.

Y por eso fué llamado aquel Campo Haceldama, esto es, Campo de la Sangre, nombre con que se le conoce hasta hoy día. Entonces fué cumplido lo que había dicho el Profeta Isaias: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, que apreciaron los hijos de Israel: Y diéronlas por el campo del Alfarero, así como me lo ordenó el Señor (1).

Siglos después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se levantaba en negra silueta, seco y siniestro un árbol á orillas de un precipicio en las vertientes de los montes sobre los que está asentada Jerusalem. Era el árbol de una de cuyas ramas estuvo pendiente sobre el abismo el cadáver del traidor y suicida Judas; el hombre del cual dijo el mismo Señor: ¡Ay de aquel por quien el Hijo del Hombre será entregado! más le valiera á este tal no haber nacido; ó que atado á una rueda de moli-

(1) San Matheo, cap. XXVII, versículo del 3 al 10.

no, le hubieran arrojado álo más hondo del mar.

Una mano piadosa y desconocida cortó el lazo de que pendía el cuerpo del desgraciado Judas, pero su cadáver cayó con extraño ruido al fondo del precipicio, derramando sus entrañas por el suelo, y mientras su tumoá ha quedado ignorada parasiempre, su nombre vivirá eternamente en todas las generaciones, señalado con el odioso estigma de traidor deicida y bajo el peso de la más terrible maldición que puede caer sobre las cabezas de los hijos de Adán: la maldición del Señor Dios Omnipotente.

Las guerras que en diversas épocas han assolado la Palestina, han hecho desaparecer este fa-

El abate Mislín, que posteriormente visitó los Santos Lugares, también halló y recogió restos de la misma clase para traerlos á sus amigos de Europa.

En muchos sitios de Palestina se encuentran frecuentemente campos llenos de fragmentos de rotas vajillas, los cuales repetidas veces no son más que los únicos restos de sus más poderosas ciudades que han desaparecido á impulsos del ira de Dios.

"Y serán hechas pedazos, dice el Profeta, como se quiebra de un solo golpe un cántaro de alfarero y no será hallado ninguno de sus tiestos en que se pueda llevar un áscua de un hogar ó sacar un poco de agua de un pozo (1)."

ca, diciendo: *Facite vobis amicos de mammona iniquitalis: ut, cum defeceritis, recipiant vos in aeterna tabernacula.*

Ganaros, con vuestras riquezas, muchos amigos, no entre aquellos que os puedan servir de escalones para subir al solio de donde se gobiernan los destinos de las naciones, sino entre la clase menesterosa y la juventud peligrante, para que en el día de vuestra muerte os reciban en los eternos tabernáculos.

VICENTE MARÍA SCHIRALLI
Presbítero, Salesiano.

Salamanca, 24 Marzo, 1899.

LAS TRIBULACIONES Y LA CRUZ

DESDE que Jesucristo santificó con su sangre la tierra, las tribulaciones se han hecho tolerables para el que vive unido por la gracia al Señor. Los tormentos cayeron sobre Él, y no deja pasar á nosotros sino la pequeña parte que nos es necesaria para desapegarnos del mundo y mantenernos en la esperanza del cielo. Con esa parte de pena nos comunica la gracia para soportarla; y, si conformamos nuestra voluntad á la de Dios, la gracia puede ir subiendo de punto, hasta llegar á decir como San Pablo: "Estoy rebotando de gozo en medio de la tribulación." Esa gracia hizo que los Apóstoles salieran del Concilio de los judíos "lentos de alegría por haber sufrido afrentas por el nombre de Jesús." Esa gracia es la que sobreabundaba en el corazón de los mártires, dándoles serenidad y caridad en medio de las más crueles torturas; esa gracia es la que hizo que Santa Teresa deseara padecer ó morir, y Santa Magdalena de Pazzis, no morir para padecer.

Si, pues, fuéramos solícitos en implorar esa gracia y conservarla con humildad á los pies de la Cruz del Salvador, Él, que no permite que las tentaciones sean mayores que las fuerzas que nos da, acrecentaría en nosotros esa gracia hasta hacernos semejantes á los santos, y en este caso bien podíamos decir que habíamos hallado el paraíso en la tierra.

† VICENTE SANTIAGO
Obispo de Santander.

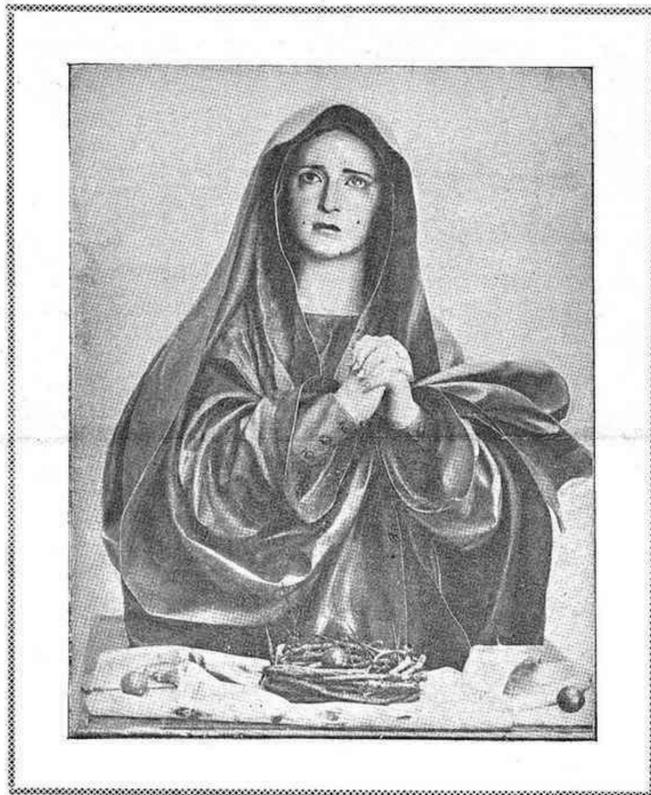
EL Señor en estos días hace oír aquella voz de los tiempos antiguos: *Consolantem me quaesivi et non inveni.*

¡Cuánto es á desear que entre los españoles encuentre ahora muchas almas que den verdadero consuelo á su dulce Corazón con amor ardiente y firme fidelidad!

SAC. MIGUEL RUA.
21 Marzo, 1899.

¡Oh, Madre de los tristes! ¡oh, Señora Del mar y de la tierra!
¡Oh, del hombre feliz corredentora!
El cielo ve ya mustia
La rosa de la dicha en tu alma seno
Y ve tu soledad y ve tu angustia.
¡Al contemplarte humilde y resignada
Soportar el horror de la agonía,
Pasmado el serafín, cubre su frente
Con el plumaje de oro reluciente;
Y lágrimas de sangre vertería
Si en la mansión de eterna venturanza
Terrenales angustias se sufriera,
Lágrimas se verterían!

MANUEL CAÑETE,



LA SOLEDAD

Imagen que se venera en el convento de MM. Carmelitas de Alba de Tormes.

tífico árbol, pero durante algunos siglos lo han visto muchos millares de peregrinos cristianos que visitaban la Tierra Santa en los primeros tiempos del Cristianismo.

En cuanto al Campo de la Sangre, hoy todavía lo puede contemplar el piadoso viajero coronado por un monumento sepulcral que repararon los Latinos en la época de las Cruzadas, y en donde los caballeros Hospitalarios de San Juan, enterraban á los extranjeros quemorían en el Hospital de su Orden. La cámara sepulcral, protegida ahora por una bóveda en ojiva, fué abierta, en el mismo campo del Alfarero adquirido por las treinta monedas, pago de la traición de Judas.

Hay en este campo una arcilla blanquiza, de la cual aún se hacen vasijas de cerámica, siendo el único sitio de los alrededores de Jerusalem en que se encuentra esta tierra plástica. Al P. Geramb en su viaje á Palestina le hizo notar su intérprete y guía, los muchos fragmentos de vajillas que en él se hallaban y que denotaban el oficio del antiguo dueño del campo, recogiendo algunos de remota antigüedad.

La tradición dice que en el Haceldama estuvo la tumba de Anás, suegro de Caifás, el Pontífice que condenó al Señor. ¡Destino providencial! Caifás, que sin ser Profeta profetizó aquel año cuando dijo: "que era necesario que un hombre muriese por el pueblo," no pudo prever, que el campo del alfarero, adquirido con el precio de la sangre de aquel Hombre, serviría más tarde para tumba de su suegro, símbolo de la muerte del Pontificado de la antigua Ley que ya estaba en sus postrimerías, y de la dispersión de los Judíos que desde entonces, extranjeros en todas las naciones del mundo, incluso en la suya, habían de ir á pedir como una limosna á su patria, un rincón de tierra donde dormir el último sueño.

JACINTO VÁZQUEZ DE PARGA.

Ricos y poderosos de la tierra, jamás cumpliréis con el fin por el cual el Señor ha depositado en vuestras manos las riquezas materiales, si sordos á la voz de Cristo, no ponéis en práctica aquella gran máxima, que desde la cátedra de Belén hasta la cumbre del Calvario os incul-

(1) Isaias, cap. 30-14.

LA SED DEL REDENTOR

LAVADO en una cruz tuvo sed el Criador del mundo, y para apagarla no encontró una gota de agua el que reparte con generosa mano la benéfica lluvia sobre la tierra. Los hombres por quienes dió toda su sangre, dieron á su Redentor sediento vinagre y hiel amarguísima.

Sed abrasadora, cruel, horrible, implacable, padeció físicamente nuestro amantísimo Salvador, fatigado de la subida al Gólgota, cargado con la cruz, atormentado por los dolores de cien heridas, debilitado con la pérdida de la sangre, extenuado por la crueldad de tantos suplicios, presa de la fiebre, convulso con los estremecimientos de espantosa agonía.

Pero mayor angustia y mal-estar más indecible le causaba la sed de su espíritu: sed de la gloria de su Eterno Padre, de la santificación de su benditísimo nombre, del amor de sus queridísimos hijos, de la salvación de la humanidad entera.

La ingratitud monstruosa, incomprendible y sin ejemplo de los verdugos de Jesús, que pagaron sus beneficios amargándole en sus últimos momentos con insultos el alma y con hiel el paladar, es, por desgracia, muy frecuente entre los cristianos redimidos con su sangre preciosa: cuando pecamos, desdenando su amor y pisoteando su ley santísima, no hacemos sino ofrecerle hiel y vinagre en contestación á los amorosos gritos con que nos manifiesta la sed y ansia que tiene de nuestra salvación.

† EL ARZOBISPO DE BURGOS.

21 Marzo, 1899.

LA MUERTE DE JESÚS

Detente, humanidad; póstrate, mundo: El Dios inmenso que en el sol se asienta; El que hace hervir al piélagro profundo Con el soplo voraz de la tormenta; El que brilla magnífico y sereno Sobre las cumbres del azul palacio, Y de grandeza lleno Esclaviza á la mar y acalla el trueno Tendiendo el iris por el ancho espacio; El que pobló de estrellas Su rico edén, cual refulgente coro, Adornando con ellas Del firmamento las alfombras bellas, Como en azul jardín flores de oro; El Hijo de María, Pendiente de una Cruz y ensangrentado, Del pueblo entre la ronca gritería, Turbando el mar y oscureciendo el día, Acaba de morir crucificado.

Con pabellón de nubes enlutada La bóveda del cielo aparecía, Y en la tierra, de crímenes preñada, La sangre del Señor corre mezclada Con las lágrimas puras de María. El mar levanta furibundo grito, Ruge el abismo entre su fondo oscuro, Y cual sordo volcán del infinito El crater rompe de su inmenso muro. ¡Quién ¡ay! descubre su insondable arcano! ¡Quién su cólera enfrena, Si está enclavada la potente mano Que humilló la altivez del Océano Con leve cinta de menuda arena!

Gimiendo el aura va de risco en risco, Y de tristeza lleno Sepulta el sol su refulgente disco Al eco ronco de la voz del trueno. Pálida sobre el Gólgota la luna Apaga sus medrosos resplandores, Y en el valle gentil, de flores cuna, Tiemblan de horror las moribundas flores. En los azules velos dilatados, No brillan las estrellas; Y ¡cómo llan de brillar, si están cerrados Los ojos adorados Donde su blanca luz bebieron ellas!

Dejad que el viento por el mundo ruede; Que el mundo se estremezca en su ruina; Es porque el mundo sostener no puede El peso santo de la Cruz divina.

Vedle subir la fúnebre garganta Del seco peñasal; mirad las rocas Partirse con la sangre de su planta; Contemplad tras el lóbrego horizonte El sudario de nieblas que se agita, Y ved alzarse en el augusto monte El cadalso de un Dios, la Cruz bendita.

¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta En ronca y destemplada algarabía Con sorda calma tus suspiros cuenta, Observando en tu faz amarillenta Descomponer tu frente la agonía, Los vientos perezosos de la tarde Eojugan el sudor ensangrentado,

Que gota á gota en tus mejillas arde; Mudo tropel de errantes golondrinas Te cubre con sus alas, Y arranca de tu frente las espinas. ¡Vas á morir, Señor! ¡cárdena espuma En hilo frágil por tu labio ondulada! ¡Cuánta fatiga tu semblante abruma Y cuánta sangre de la Cruz gotea! Inclínase tu frente dolorida Y la luz de tus ojos te abandona. ¡A tí, que en la mañana de la vida Le diste un sol al mundo por corona!

¡Y yo pude, Dios mío, Con insensato y loco desvarío Redoblar tus heridas! Tú, que la vida das por nuestras vidas En la cumbre del Gólgota sombrío.

GRILLO.

LA VERÓNICA Y EL SUDARIO

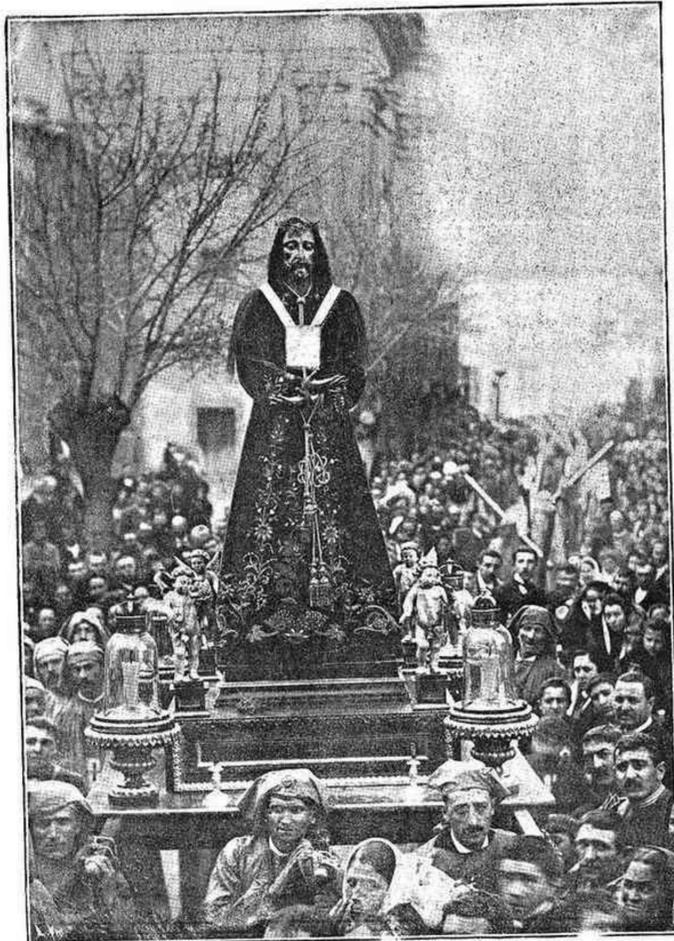
LA escolta entró en una calle larga, que torcía un poco hacia la izquierda y que estaba cortada por otras trasversales. Muchas personas bien vestidas se dirigían al templo; pero

gió el paño, lo aplicó sobre su cara ensangrentada y se lo devolvió, dándole las gracias. Seraffia, después de haberlo besado, lo metió debajo de su capa y se levantó.

La niña levantó tímidamente el vaso de vino hacia Jesús; pero los soldados no permitieron que bebiera. La osadía y la prontitud de esta acción habían excitado un movimiento en la multitud, por lo que se paró la escolta cerca de dos minutos, y Verónica había podido presentar el sudario. Los fariseos y los alguaciles, irritados de esta parada, y, sobre todo, de este homenaje público rendido al Salvador, pegaron y maltrataron á Jesús, mientras que Verónica entraba en su casa.

Apenas había penetrado en su cuarto, extendió el sudario sobre la mesa que tenía delante, y

LA SEMANA SANTA EN SALAMANCA



Fot. de P. García.

JESUS DIVINO REDENTOR RESCATADO

algunas se retiraban á vista de Jesús, por el temor farisáico de contaminarse: otras mostraban alguna compasión. Habían andado unos doscientos pasos desde que Simón ayudaba á Jesús á llevar la Cruz, cuando una mujer de elevada estatura y de un aspecto imponente, llevando de la mano una niña, salió de una bella casa situada á la izquierda, y se puso delante. Era Seraffia, mujer de Sirac, miembro del Consejo del templo, que se llamó Verónica de Vera Icon (verdadero retrato) á causa de lo que hizo en ese día.

Seraffia había preparado en su casa un excelente vino aromatizado, con la piadosa intención de dárselo á beber al Señor en su camino de dolor. Salió á la calle cubierta de su velo; tenía un paño sobre sus hombros; una niña de nueve años que había adoptado, estaba á su lado y escondió, al acercarse la escolta, el vaso lleno de vino. Los que iban delante quisieron rechazarla; mas ella se abrió paso en medio de la multitud, de los soldados y de los alguaciles, llegó hasta Jesús, se arrodilló y le presentó el paño tendido, diciendo: "Permitidme que limpie la cara de mi Señor." El Señor co-

cayó sin conocimiento. La niña se arrodilló á su lado, llorando. Un amigo que venía á verla, la halló así, al lado de un lienzo extendido, adonde la cara ensangrentada de Jesús estaba estampada de un modo maravilloso.

Se sorprendió con ese espectáculo; la hizo volver en sí, y le mostró el sudario, delante del cual ella se arrodilló, llorando y diciendo: ahora lo quiero dejar todo, pues el Señor me ha dado un recuerdo. Este sudario era de lana fina, tres veces más largo que ancho, y se llevaba habitualmente alrededor del cuello; era costumbre ir con un sudario semejante á socorrer los afligidos ó los enfermos, y limpiarles las caras en señal de dolor ó de compasión; Verónica guardó siempre el sudario á la cabecera de su cama. Después de su muerte fué para la Virgen, y después para la Iglesia por intermedio de los Apóstoles.

ANA CATALINA EMMERICH.

(De sus Meditaciones).

DE LA SEGUNDA UNCIÓN DE JESÚS

POR MARÍA MAGDALENA

(DEL P. LACORDAIRE)

MCERCÁBASE la hora en que el Hijo de Dios debía consumir la grande obra de la redención del mundo con el sacrificio de su vida, y someter á la prueba del infortunio la fidelidad de aquellos á quienes había escogido y amado particularmente. Seis días antes de aquella Pascua, que debía ser la última del mundo antiguo y la primera del nuevo, vino á la aldea de Bethania, y en este mismo día, víspera de su entrada triunfal en Jerusalén, se le dispuso una cena en casa de un personaje que el Evangelio llama Simón el Leproso. Lázaro era uno de los convidados, y Marta, siempre activa y diligente, les servía. No era esta la cena sobrenatural y suprema que había de preceder inmediatamente á la muerte del Salvador, y cerrar por medio de la institución de la Eucaristía todas aquellas fuentes de gracia que antes había hecho brotar del mundo. Era la cena de la amistad, la última comida, antes de la semana de pasión, que principiaba al siguiente día. Jesucristo no contaba ya sino seis días de vida mortal, y dentro de algunas horas iba á entrar en Jerusalén como Rey, esperando morir pronto allí como Dios. San Juan ha señalado de una manera clara este momento de reposo que tuvo el Hijo de Dios en Bethania, al entrar en la dolorosa vía de su pasión. Seis días antes de Pascua—dice—volvió Jesús á Bethania, donde Lázaro había muerto, á quien Jesús resucitó. Aquí le dispusieron una cena: Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban en la mesa con él.

Como Jesucristo, que es la verdadera Pascua, murió un viernes, poco antes de la última hora del día, la cena de Bethania debió verificarse el sábado por la noche. Esta cena no fué en casa de Lázaro, ni de ninguna de sus hermanas, sino en la de Simón el Leproso. Esta elección, hecha en un momento tan solemne, prueba que Simón no era extraño á Jesucristo, ni á la familia de Lázaro, y nos confirma en la idea que este es el mismo Simón que había sido tres años antes testigo y actor en la conversión de María Magdalena.

A ésta no se la ve nombrada entre los convidados ó servidores. Su ternura, iluminada con una luz sobrenatural, la revelaba que esta cena tenía el carácter de una dolorosa despedida, y que se aproximaban rápidamente ciertos acontecimientos solemnes. Tomó, pues, como la vez primera, en un vaso de alabastro un precioso perfume, que San Juan dice haber sido de nardo; y entró en la habitación donde se verificaba la cena. María Magdalena no era ya entonces aquella mujer en quien, bajo los encantos de la juventud y de la belleza, se divisaba la fealdad del vicio, y que como una humilde criada se acercaba tímidamente á los pies de Jesús, para derramar sobre ellos sus lágrimas y secarlos después. Tres años de gracia habían impreso en su frente el sello de la virtud, y la santidad la cubría de una especie de aureola divina. Entra, pues, y rompiendo el alabastro que tenía en sus manos, derrama el perfume sobre la cabeza del Salvador. María rompe el alabastro porque comprende que todo se ha consumado, y

que el Señor no volverá á recibir de la piedad humana igual homenaje. Una vez cumplido este acto, hijo de una desesperación y de un amor proféticos, María recuerda su primitivo oprobio; y postrándose á los pies de Jesús, derrama en ellos con un pedazo del rico alabastro, que aún conservaba en la mano, el resto del perfume, que enjuga después con sus cabellos. Pero el Evangelio no nos habla en esta ocasión de sus lágrimas. Verdad es que debía derramarlas todavía; pero, más tarde, y en otro sitio, por la vez postrera. La fuerza y la serenidad cuadraban bien en esta ocasión. La hora del perdón había pasado, y la de la sepultura no había llegado todavía.

¡Oh, eterna miseria de los hombres! Esta vez ya no es el fariseo el que se pone á dudar de Dios, porque se acerca á él y le toca una pecadora; sino que son sus propios discípulos, que se indignan de ver derramar aquel precioso perfume sobre la cabeza de su Maestro, sobre aquella cabeza que muy pronto verán coronada de espinas. ¿A qué fin, decían interiormente, desperdiciar ese perfume, siendo así que se podía vender en más de trescientos denarios, y dar el dinero á los pobres? Nunca aparece mejor la debilidad de nuestro espíritu como en presencia de los misterios de Dios. Jesús, sin embargo, no se ofende al ver su poca fe, sino que les dice con bondad: *Dejadla en paz, ¿por qué la molestáis? La obra que ha hecho conmigo es buena, porque á los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien cuando quisieréis; mas á mí no me tendréis siempre. Ella ha hecho cuanto estaba en su mano: se ha anticipado á embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria ó alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer.*

Nótase en estas palabras un acento de tristeza, y también se ve en ellas la superioridad de María Magdalena en el amor y en la ciencia. Acerca de esta mujer ya se han dicho ciertas palabras, ¡y por qué boca! Hé-las aquí: *Muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho. María ha elegido la mejor parte que no le será quitada. Donde quiera que sea predicado este Evangelio, se celebrará también en memoria suya lo que acaba de hacer.*

Hemos dicho que la cena de Bethania era la cena de la amistad; y, sin embargo, acabó por la traición. Apenas había pronunciado el Salvador las palabras con que justificaba la piedad de María Magdalena, cuando el Evangelio añade: *Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré? Y se convinieron con él en treinta monedas de plata.*

LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ

Estaba en honda agonía al pié de la cruz llorosa la Madre Virgen María, y de la cruz afrentosa el hijo muerto pendía.

—¡Ella llora, y yo pequé!... ¡Madre amorosa, perdón, que yo le crucifiqué; yo su sangre derramé y manché la creación! Yo le robé de sus brazos sin respeto á su deidad;

le ató con estrechos lazos para arrancarle, es verdad, las entrañas á pedazos.

Por templar su sed rabiosa, Tú, Madre de Dios bendita, pálida la faz de rosa, te prosternaste llorosa ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué; que si te vieron acaso los hombres en quien pequé, cual brezo que estorba el paso te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así!... Tú, que pisas de rubí vistosa, viviente alfombra y besa el ángel tu sombra si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada, del ardiente sol vestida y de la luna calzada, tan triste y tan dolorida por raza tan condenada.

¡Tú llorando, Madre mía, cuando una lágrima tuya el mundo rescataría, cuando el tiempo le concluya en el postrimero día!

¿Tus ojos llorosos tanto, cuando al sol prestan su luz? ¡Oh, Madre! ¡Por tal quebranto, que me salve á mí tu llanto al pié de la Santa Cruz!

José ZORRILLA.

PRIMERA PALABRA

(DE VITALI)

HUMILDE y manso, Jesús, el atleta incomparable de la bondad y de la caridad, vertiendo de sus ojos lágrimas que por sí propio jamás había derramado, teniendo los brazos extendidos en actitud de abrazar al mundo, animando su voz con una ternura capaz de mover á piedad el universo entero, mueve la lengua, que es lo único que se halla libre en él, y exclama: "Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen."

¿Conque el más tierno pensamiento del Salvador sobre la cruz es por sus enemigos? ¿Conque los primeros acentos que pronuncian sus labios son en favor de ellos? ¿No los merecía acaso mejor su afligida Madre, que agoniza á sus piés, ó el discípulo amado, que permanece constante al pié de la cruz, ó las piadosas mujeres, que se deshacen en lágrimas? ¡Ay! Él parece que se olvida de su Madre, de sus amigos y de todos, cuando se trata de sus enemigos. Por ellos bajó del cielo, á ellos vino á buscar á la tierra, y á ellos prefiere en la cruz sobre todos los demás, y quiere que sean encomendados al Padre con preferencia á todos: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* ¡Oh palabras verdaderamente dignas de la palabra substancial del Padre!

Procuraremos no perder nada de tan importante lección. Considerémosla en todas sus partes, porque todas ellas encierran en sí los tesoros más preciosos de la sabiduría y de la bondad divina. *Pater*; ¿Por qué Jesucristo llama padre al Eterno á quien se dirige, y no Dios? Porque la majestad del Numen, la autoridad del juez y la justicia de las leyes serían demasiado decisivas para la eterna condenación de ellos. Por esta razón se aparta, por decirlo así, del esplendor de la divinidad y del poder, y se acoge al intenso amor y al tierno nombre de Padre, que suena más dulcemente en la boca de los hijos, que es más grato al oído de los padres, y desciende más suavemente al corazón paterno para moverlo á piedad. Padre le llama, sin ninguna añadidura de mío ni tuyo, porque quiere darnos á entender que es padre suyo lo mismo que de todos; padre común de toda la humana familia, de la que Él es el primogénito entre muchos her-

manos, y ejerce el oficio de mediador é intercesor por todos ellos.

Dimitte; perdona. Ved aquí el objeto de su súplica. No pide rescate, no pide venganza, sino que implora piedad y perdón. La sangre de Abel gritaba desde la tierra, humedecida con ella, contra Caín. Muy diferente es el grito de la sangre preciosísima de Jesucristo. Las heridas abiertas, de donde mana, son otras tantas bocas de clemencia y de misericordia, que estando en consonancia con su piadosa lengua, imploran también perdón para los verdugos y para el pueblo, y *perdón* repite la sangre y

¡Qué reconvencción tan amarga para nuestra criminal soberbia!

Pero no apartemos nuestro pensamiento de la lección divina. *Pater, dimitte illis.—Illis?* y ¿para quiénes imploráis el perdón, oh buen Jesús? ¿Para quiénes? Para todos, responden los intérpretes, sin excluir ninguno de la gracia, sin calificar las culpas de ninguno. Podía él decir que imploraba el perdón para los falsos acusadores, para los testigos perjuros, para los jueces injustos, para los verdugos crueles, para los sacerdotes envidiosos, para los fariseos malignos, para la soldadesca insolente y para el pueblo feroz; pero nada

Dios de piedad en atenuar y excusar la culpa de sus enemigos. Ellos debían saber por el cumplimiento de las profecías, por la multitud de prodigios que habían visto, y por la luz esparcida en la predicación de tres años, que Jesucristo era el Mesías prometido tantos siglos antes, y que había venido á salvar al género humano. Pero atendidas las varias opiniones sobre el sentido de las escrituras y sobre los hechos del Salvador, no estaba descubierto plenamente para todos, y principalmente para el ínfimo pueblo, el misterio de su divinidad. De aquí saca un argumento en defensa de ellos el

del Salvador, vuela rápidamente al cielo y vence el corazón del Eterno Padre. Y si deseáis ver sus efectos, dirigid la vista por la pendiente de la escarpada montaña, y cuando veáis soldados aterrados que se arrepienten, centuriones iluminados que confiesan la divinidad del Hijo del Hombre, príncipes confusos que detestan el error, verdugos ensangrentados que se lavan con lágrimas de dolor, mujeres asustadas que lloran la execrable destrucción, turbas aterradas que se golpean el pecho, decid: "Estos son los frutos de aquellas adorables palabras, estos son los prodigios de la súplica de un Dios."

El, fué siempre oído por su reverencia; pero mucho más debió serlo sobre la cruz, pidiendo en tan solemne día por sus enemigos y por sus verdugos.

LA SEMANA SANTA EN SALAMANCA



Fot. de P. García.

PASO DE LA VERÓNICA

el corazón, y la lengua dice: "Perdón, Padre, perdón..."

Y ¿por qué pide Jesucristo á su Padre perdón, siendo él el ofendido? ¡Ay! El no se acuerda de las injurias que le han hecho; las olvidó al recibir las; no las mira como suyas, las pone en manos de su Padre, ante quien intercede para que sean por él perdonadas. Implora del Padre el perdón, dice San Máximo, no porque no hubiera podido él mismo perdonar todas las ofensas, sino para darnos una prueba más grande de la ternura de su amor á nosotros; para instruirnos mejor, prosigue el Crisóstomo, con las palabras y las obras, del modo cómo debemos portarnos con los enemigos, y á quien debemos recurrir para alcanzarles el perdón. Y ¿cómo somos nosotros tan susceptibles, tan vengativos y tan pertinaces? Y ¿nos atreveremos á llamarnos discípulos de tan gran Maestro é hijos de un Padre tan bueno? ¡Ay!

dice que pueda parecer infamia ó impropio. La sabiduría encarnada escogió para expresarse de este modo el lenguaje más fino y más atento, á fin de pedir por los delincuentes sin nombrar el delito, ni dar el menor indicio de su horrible atentado. *Illis*; á ellos. Ved aquí una palabra genérica que de todos habla y á ninguno nombra; que indica las personas por quienes se pide, pero no manifiesta la culpa cometida; que comprende á todos los pecadores, pero que á todos los cubre con el manto de la más ingeniosa caridad. Comparad con estas palabras tan adorables los arrebatos, las maldiciones, las exageraciones y las calumnias de que cubrís á vuestros enemigos, y bajad los ojos, y humillad la frente, ante el prototipo de tan sublime caridad, que en ellas os habla.

Y ¿por qué no se pide perdón sin alegar razones ó excusas? Oid la invención amorosa del

Amor crucificado, y no pudiendo negar el hecho, excusa la intención; y á fin de que su muerte les sirva de vida, y por medio de su sangre su condenación se convierta en salvación, representa al Padre que no son indignos de perdón, porque no conocen plenamente lo que hacen; es decir, no conocen cuánto ofenden á Dios, cuánto perjudican á su alma, cuántos bienes pierden, cuántos males se atraen, ni cuán grave exceso cometen. Porque, en efecto, el humo de las pasiones ofusca siempre los ojos del entendimiento, y cuanto más turbado está el corazón por la malicia, tanto más obscuro y más erróneo es el juicio del entendimiento: *Non enim sciunt quid faciunt.*

Defensa más breve ni más generosa que ésta, súplica más ardiente ni más poderosa, no resonó jamás bajo la bóveda del firmamento; é hija de la inmensa caridad que arde en el pecho

JESÚS RESCATADO

DEL libro de las Constituciones que rigen la venerable é ilustre Congregación de Jesús Nazareno Divino Redentor Rescatado, establecida en esta ciudad de Salamanca, en la iglesia del extinguido colegio de PP. Trinitarios Descalzos, hemos copiado las noticias que á continuación publicamos de la imagen de su titular, cuyo fotograbado damos en este número de EL LÁBARO:

"La Santa Devota y Milagrosa Imagen de Jesús Nazareno estaba colocada en la Iglesia de la Fortaleza ó Castillo de la Mamora de Africa, que se llamaba por otro nombre San Miguel de Ultra-Mar. No se sabe de dónde fué llevada allí: lo cierto es, que representa venerable antigüedad, y que hacía muchos años que estaba con grande veneración. Sucedió la desgracia de tomar los Moros del Reino de Fez el dicho Fuerte ó Lugar, y cautivar y ultrajar las Santas Imágenes que hallaron en la Iglesia, llevándolas á la Corte de Mequinez, con gran dolor de los Cristianos, que sintieron más que su propio cautiverio, el ver en poder de Moros las prendas preciosas de las Imágenes de Cristo, de su Madre Santísima, y de algunos Santos; y con especialidad les llegaron al alma á los Fieles los agravios que recibió la Santísima Imagen de Jesús Nazareno, á quien tenían singular y afectuosa veneración, esmerándose en su culto con católico y religioso celo. Sucedió esto el año de 1681, y con tan triste nueva determinaron los Padres Trinitarios Descalzos, Redentores de Cautivos, disponer y aprestar una Redención para restaurar, en cuanto pudiesen, tan gran pérdida y sacar de entre los Moros á todas las Santas Imágenes, y á los cautivos que alcanzase el caudal de la Redención. Hizose así, y tuvieron feliz cumplimiento sus deseos el año de 1682, con que á costa de grandes trabajos y cuidados, ayudando Dios con raras prodigios, rescataron (1) de poder de los bárbaros Mahometanos diez y seis Santas Imágenes, y entre ellas la de Jesús Nazareno, y doscientos veintidós Cautivos.

Trajéronse á Madrid todas las Imágenes Santas, hizose con ellas una solemnisima procesion, y dando la Religión dicha las demás á los Reyes, y á algunos Príncipes y Señores, eligió para sí la de Jesús Nazareno, colocándola, con la posible decencia y culto, en su Iglesia de Madrid, Corte de España, que la comenzó á venerar, desde luego, con grandísima devoción, creciendo cada día más el número y afecto de sus devotos.

El haber crecido tanto esta devoción ha sido por los innumerables milagros que ha obrado Cristo Redentor nuestro en esta su Santa Imagen cautiva y rescatada, los cuales no es posible referir en esta breve noticia. Baste por ahora decir que no se hallará especie de trabajo de que muchas veces no haya librado á sus devotos, tribulación en que no les haya dado el consuelo, ni enfermedad que con su invocación no haya cesado. Resplandece con especialidad en trocar corazones obstinados, y convertir con su vista á los pecadores más enjarecidos en sus vicios.

Al pasar por la calle su Majestad Divina el año de 1682 en la primera procesion que se le hizo cuando le trajeron rescatado, en esta Corte, convirtió á un Moro, que asegurado le habían tirado fuertemente del corazón cuando miró á esta Santa Imagen; y así pidió luego el Santo Bautismo, y le recibió en la Parroquia de Santiago. Estando en Madrid un hombre casi agonizando, sin

(1) De este hecho histórico recibe el apelativo de *Rescatado*.

querer confesarse, llamó de repente á los que le asistían para que le trajesen un Confesor Trinitario Descalzo, diciendo que se le había aparecido Jesús Nazareno, y mandándole se confesase, ofreciéndole la salud del alma y cuerpo si lo hiciese: confesóse, y parece recibió la salud del alma, pues quedó al punto libre de la enfermedad corporal que padecía.

Es voz común de sus Devotos que muda esta Santa Imagen de semblantes, y que sólo mirar á su Majestad infunde grandísimo consuelo en las almas, y siempre causa un singular temor y reverencia el ponerse á su vista, como lo enseña la experiencia.

La imagen de Jesús Rescatado, luciendo rica túnica de terciopelo morado, bordada en oro, es sacada procesionalmente la tarde del viernes Santo en hombros de los hermanos cofrades, que visten hábito morado con escapulario blanco y rojo al pecho. Sale de la capilla de la Santísima Trinidad y se dirige á la de la Santa Vera-cruz, donde se organiza la procesión del Santo Entierro, por las calles de San Pablo, plaza Mayor, Prior y plazuela de Monterey.

En nuestra ciudad se tributa mucha y muy cristiana veneración á Jesús Rescatado.

EL PASMO DE SICILIA

MIL veces ha reproducido el pincel en diversas copias, grabados y fotografías, el cuadro en que Rafael pintó la sublime escena del encuentro de Jesús con su Madre en la calle de la Amargura, existente hoy en el Museo Nacional de Arte antiguo, antes Real Museo del Prado.

A muchos chocará se conozca esta admirable pintura con el extraño título del *Pasmo de Sicilia*—que así lo dice un rótulo que está sobre el marco—cuando nada tiene que ver con el asunto, entendiéndose algunos que ese título se relaciona con lo admirable de la obra, que causa verdadero asombro, *pasmo*, al contemplarla. No, nada de eso: el título que conserva, lo debe á que ese cuadro fué regalado á Felipe IV por los PP. Olivetanos de Palermo (Sicilia), en cuya iglesia bajo el título de Nuestra Señora del Pasmo existía.

Pintó este cuadro Rafael de Urbino en tabla, y al formarse la *pinacoteca* real en el Museo del Prado, se llevó allí; trasladándose á París los franceses en 1809, donde por su mal estado acometieron la magna empresa de trasladarlo al lienzo, operación que dicen costó cuatrocientas mil pesetas; reclamado por España en 1814, se halla hoy en el Museo y es una de las valiosas joyas de nuestra riquísima colección nacional de cuadros.

El arte no puede crear obras inmortales si no se inspira en altísimos ideales, y el catolicismo ha sido raudal purísimo de inagotable inspiración, que ha inmortalizado el genio de innumerales artistas. Todas las sublimes escenas de la pasión de Jesús han inspirado á los artistas; pero entre todas, la más rica, la mejor sentida por los artistas ha sido el dolor de María.

El gran genio de Rafael de Urbino, tantas veces inspirado en las tiernas y conmovedoras escenas de la vida íntima de la Sagrada Familia en los cuadros conocidos por la Perla, la Virgen del Pez, de la Silla, de la Rosa, etc., halló también en la terrible escena del paso de Jesús por las calles de Jerusalén, asunto adecuado á su genio en el encuentro de Jesús con María en la calle de la Amargura. Los que conozcan esta obra inmortal recordarán aquel interesante grupo que forman la madre dolorida, angustiada, pero sin ese

paroxismo del dolor mundanal que anonada, sino con el dolor divino que expresa el sufrimiento infinito. Jesús, cubierto de sudor, manando sangre, con una rodilla en tierra, abrumado con el peso de la cruz, tiene la majestad del sufrimiento divino, que no se confunde con el más acerbo dolor del más terrible y doloroso padecimiento humano. No, no es posible olvidar nunca aquellas dos figuras; si la imaginación puede representar al vivo aquella escena, no acierta la más rica fantasía á concebirla de otro modo que como la trasladó y dió vida con su pincel aquel artista incomparable.

No es nuestro propósito alabar la composición tan bien concebida y expresada, ni lo admirable del dibujo, la proporción y distribución de las figuras, ni ensalzar como se merece la riqueza y tono del colorido: tampoco disculpar señalando los anacronismos que en trajes y arreos aparecen en el cuadro; nuestro propósito es recordar en estos días, destinados á conmemorar las páginas de nuestra redención, esa escena de dolor y sufrimiento, tan soberbiamente concebida, que su contemplación hace derramar lágrimas y exclamar: ¡Bendita la religión que inspira al arte! ¡Bendito el arte que tan grandes ideales concibe! ¡Benditas las generaciones que sienten, lloran y se enervorizan con el recuerdo de la pasión de Cristo!

LUIS RODRÍGUEZ MIGUEL.

Jesús, con su sagrada pasión y con su muerte en la cruz, nos demostró cuánto nos amaba y hasta qué punto llevaba su sacrificio para alcanzar nuestra redención: nosotros, en cambio, á pesar de tan sublime ejemplo, le sacrificamos diariamente, haciéndole sufrir otra pasión con nuestras culpas y nuestro abandono, dejándonos seducir por los halagos del mundo y anteponiendo los goces de la tierra y el aplauso de los hombres al cumplimiento de nuestros deberes.

La Iglesia, al conmemorar en estos días la mayor prueba de amor que Dios ha dado al hombre, nos recuerda que esos goces y esos aplausos son cosa transitoria, de escaso valor y que nos exponen á perder una eternidad de dicha por un instante de placer mundano. ¡Dichosos los que, inspirándose en la Sagrada Pasión, tienen fuerza suficiente para imponerse una vida de mortificación que les haga esperar con alguna confianza la consecución de una eterna felicidad! ¡Dichosos aquellos que, teniendo una viva fé, se desprenden de los afectos terrenos, esperan sólo en Dios y le aman sobre todo!

El mundo halaga al hombre mientras le sonría la fortuna: cuando ésta le niega sus favores, el desgraciado siente á su alrededor el vacío, se ve abandonado de todos, se ve tanto más abandonado, cuanto mayores sean los favores que haya hecho, cuanto mayor fuese su esperanza de recoger lo que sembrado hubiera. En esos momentos de desaliento y de dolor, en los que quizás le haga sufrir más la ingratitud que la desgracia, comprende con cuánta razón mandó el Señor "haz bien y no mires á quién, porque Él, con su infinito saber, conocía la ingratitud del hombre, sabía que el bien lo pagaría con mal y que al mirar el bienhechor al favorecido podía agotarse la fuente de la caridad con los desengaños.

Si tanto nos duele la ingratitud de nuestros semejantes, cuánto dolerá á Dios la nuestra, que nos lleva á pagar tan mal su cruenta pasión y á olvidar á cada momento que Jesús dió la vida por nosotros!

MANUEL DE BEDMAR.

Salamanca 28 de Marzo de 1899.

LA PROCESIÓN QUE PASA....

Se hace el silencio. La imponente procesión del Santo Entierro, abre paso entre la multitud. Las sobrehumanas escenas de que fueron testigos Getsemani, el Pretorio y el Gólgota, van á pasar en imágenes. Las cabezas de los hombres se descubren. Veamos lo que piensan:
Un filósofo: Esto es digno de reflexión.
Otro filósofo: ¡Espectáculos para el vulgo!
Un sábio: Esto es un cuadro histórico.

Uno menos sábio: ¡Un anacronismo!

Un artista: ¡Qué hermosos!

Un orador: Si quisiéramos dar una idea de los sentimientos que confusamente dimanan de nuestro corazón á la vista del conmovedor espectáculo...

Un quidam: ¡Qué procesión tan de poco atractivo!

El vulgo: Lo mismo que el año pasado.

Uno del pueblo: La verdad es que conmueven... estos pasos.

Uno que dice que no cree:

Un pagano bautizado: ¡No me gusta esto!

Un anticuado: ¡Cuándo pasarán estas preocupaciones!

Un progresista: Todo esto es cosa de los Jesuitas.

Un ateo bautizado: ¡Cuándo querrá Dios que desaparezca toda religión!

Un creyente: Creo en Dios padre todopoderoso.

El cristiano: Amo á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo.

Las mujeres, cubierta su cabeza, aunque pasa la procesión, no es posible saber lo que piensan.

J. D. B.

JESÚS EN GETSEMANÍ

En un himno dicto, salió del Cenáculo el divino Maestro y dirigióse con sus discípulos, menos el hijo de la perdición, al huerto de los olivares.

El sosiego de aquel lugar solitario, el solemne silencio de la noche, merced al cual se percibe, como fúnebre lamento, el rumor lejano de la corriente del Cedrón, predisponen con honda tristeza el ánimo de Jesús á la oración que va á dirigir al Eterno Padre.

Entremos con la consideración devota en el lugar en que se escribió con sangre divina el *Prólogo* de la Pasión de Jesucristo.

Pusemos por delante de los discípulos, sin despertarles del profundo sueño, que les ha dominado, y acerquémonos reverentes á aquella sacratísima Persona, que, rodilla en tierra y transfigurado el rostro por la majestad del dolor, comienza á revolver en su alma, violentamente agitada por oleadas de agudos sentimientos, todo lo que le espera para llevar á cabo la humana redención.

Uno por uno, como en procesión de horribles fantasmas, van pasando por delante de la imaginación de Cristo los exquisitos tormentos que ha de apurar hasta las heces, y el último de todos... el más aterrador: ¡el patíbulo ignominioso de la muerte!

Su entendimiento deífico conoce con evidencia y pondera la malicia intrínseca del pecado, causador de la cruenta tragedia en que Él va á ser la víctima expiatoria... Más allá de la Cruz vé el generosísimo Salvador interminable cadena de ingratitudes, deslealtades y blasfemias; la osadía procaz de los malvados, la pusilanimidad de los cobardes, la villanía de los hipócritas, y la crueldad, más páfida que la de los mismos judíos, de los que vuelven á pasar ante su augusta presencia, y á manchar sus manos sacrílegas en la sangre preciosa, bullente y redentora del Cordero sin mancha, en el sacramento de los amores.

Y lacerada con tales pensamientos, con tan intensa y aflicta premoción moral el alma santísima de Jesús, se conturba, se estremece y experimenta todos los espasmos del tedio y los martirios de una angustia lenta y prolongada... ¡llamaradas candentes de infinita caridad dilatan su corazón, fuertemente contraído por la emoción dolorosa; y la sangre represada, al refluir con violencia á las arterias y venas del sagrado cuerpo, desfallecido en lucha tan tremenda, salta al exterior por los abiertos poros, y corre á hilos por el demudado, celestial semblante del Redentor...

¡Padre—exclama entonces, alzando su vista al cielo y pronunciando la oración más sublime que se ha escuchado en el mundo—yo acato tus designios soberanos y dispuesto estoy á cumplir tu voluntad; pero si es posible, aparta de mí este cáliz...; la imagen de la muerte, que la tengo tan cercana, con todo su cortejo de amarguras, dolores y vilipendios, me causa pavor, la resiste esta carne, á la que he unido la naturaleza divina con que desde la eternidad me engendraste... ¡tengo miedo á morir! Pero ¡oh, Padre mío! que mi corazón desea, como lo desea el tuyo, la salvación del hombre á quien tanto amo. Por ese hombre te ofrezco en holocausto mi vida. ¡Aceptala, Señor, y que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú tienes determinado!...

Laplegaría del Hijo conmueve las entrañas misericordiosas del Padre, que envía á Getsemani al Ángel de las consolaciones á confortar en su abatimiento y agonía al Salvador del mundo.

Allí debía ser nuestro acompañarle, como lo era para el alma abrasada y tiernamente efusiva de Teresa de Jesús. Que "sólo ver al Señor caído en aquel espantoso sudor en el huerto, basta no para una hora sino para muchos días de profunda meditación, mirando con una sencilla vista, quién es

y cuán ingratos hemos sido á tan gran pena (1).

¡Pero ¡ah! que si la Santa de tus caricias, Jesús dulcísimo, que deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor, jamás osaba determinarse á hacerlo porque se le representaban sus pecados tan graves (2), ¡cómo me atreveré yo, abrumado de tanta ruindad, á llegar-me á tí, para pasar mi torpe mano por tu frente pura, siquiera sea con el buen deseo de limpiarte aquel copioso sangriento sudor, que mis pecados te causaron?...

Por otra parte, con voz trémula y apagada por la angustia, pero suavísima y penetrante, escucho que nos llamas é invitas á todos los que estamos con trabajos, ó tristes, por boca de la extática Carmelita, que nos dice: Miradle, mirad al buen Jesús en el huerto... miraros há Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidad sus dolores para consolar los vuestros, sólo porque os veis con él á consolar y volvéis la cabeza á mirarle (3).

Pues héme á tus plantas ¡oh, Maestro soberano y mi adorable Redentor! Mirándote estoy, porque tu voz me ha despertado del letargo de la iniquidad, y me ha traído á llorar contigo en las agonías de muerte, que sufres en Getsemani.

¡Señor! ¡Que tu mirada compasiva, al cruzarse con la mía suplicante, traiga á mi alma, pobre y dolorida, el bálsamo de salud de tus inefables clemencias y perdones!

TOMÁS REDONDO.

(DE DOM BOSCO)

El buen cristiano debe de estar dispuesto á tomar con paciencia todo género de persecución, enfermedades y aún la muerte, á imitación de Cristo nuestro Señor, el cual, con la cabeza coronada de punzantes espinas, con el cuerpo ensangrentado y despedazado por cruels azotes, con las manos y los piés traspasados por los clavos, y pendiente del madero de la Cruz, entregó en paz su alma en manos de su Padre celestial.

REFLEXIONES DE SEMANA SANTA

La escena tristísima de Getsemani se repite sin cesar. En los momentos de angustia, entre los truenos de deshecha tempestad se oye también la voz santa que dice—vigilad y orad—y á pesar de ella, el sueño del egoísmo nos aplasta con su abrumadora pesadez, y dejamos siempre al justo abandonado á las iras de sus enemigos, y no despertamos hasta que pelagra nuestra propia vida.

Escarnecido y vilipendiado fué Jesús, por la vía amarga de todos los dolores, á presentarse ante el Sumo Sacerdote, después al Pretorio de Pilato y más tarde al palacio de Herodes para volver otra vez al de Pilato; en unos sitios fué abofeteado, en otros coronado de espinas, azotado cruelmente, en todos insultado por la más soez de las soldadescas y el más fiero y sanguinario de los pueblos.

Caifás era un soberbio, audaz y ambicioso; Pilato un contemporizador cobarde y escéptico; Herodes un hombre abandonado á pasiones vergonzosas; el Sanhedrín, compuesto en su mayoría de fariseos hipócritas y de saduceos incrédulos.

¡Cuántas veces el hombre virtuoso y honrado tiene también que atravesar, bárbaramente atormentado, por entre hombres sin conciencia que le insultan y escarnecen!

¡Cuántas se tiene que presentar para que le juzguen, ante jueces que debían escudriñar sus propias almas, más bien que las ajenas!

¡Cuántas, en fin, vemos desfilar la virtud delante de ambiciosos, soberbios, cobardes, escépticos, traidores, envidiosos!... que la abofetean, la desprecian y la condenan á sufrir la última pena ¡la del abandono!

Por último, Jesús, después de conducir agobiado su propio suplicio y caer bajo su peso, antes de llegar al Calvario, llevado en ignominiosa procesión por las calles de Jerusalén para añadir el tormento de la vergüenza á los otros tormentos de alma y cuerpo, fué clavado en la Cruz, desgarradas sus manos y sus piés, y dirigiendo su mirada y su voz al cielo, expiró, llagado su santo Cuerpo por incontables heridas, y apenado el espíritu con innumerables dolorosos padecimientos.

El Centurión, jefe de los soldados que habían llevado á cabo la crucifixión, á la vista de los fenómenos aterradoros que acompañaron á la muerte de Jesús, exclamó: "verdaderamen-

te, era Hijo de Dios, reconociendo así ¡bien tarde ya! la Divinidad y Santidad de Nuestro Redentor.

Asimismo ¡cuántas veces! vemos al hombre de bien, de alma honrada, que no vende jamás su conciencia, que no se presta á inmorales conciertos, caer agobiado bajo la cruz de la miseria y de todas las tristezas angustiadas, viendo que prosperan y viven otros menos virtuosos, y subir, por fin, á la cruz del desprecio humano, á la vista de un pueblo inmenso que le atormenta, y que, en cambio, se rinde y humilla ante los soberbios y explotadores. Allí, cuando ya no hay remedio, reconocen muchos, como el Centurión, la santidad de la víctima inmolada, y le dedican después de muerto, estas palabras: "verdaderamente era un hombre de bien."

¡Y ellos mismos le habían crucificado!

MARIANO DOMÍNGUEZ BERRUETA

CULTOS

EN LA CATEDRAL

Jueves Santo.—A las ocho y media horas menores: á las nueve misa solemne de Pontifical, en la que el Prelado consagra los Santos Óleos. Concluida la misa, es la procesión al Monumento para colocar en él al Santísimo Sacramento.

Por la tarde, á las tres, la ceremonia del Lavatorio, con sermón que predicará el presbítero D. Ignacio Calvo; á las cuatro y media Completas, á las cinco los *Maitines* cantados. En este día queda abierta la Catedral hasta las ocho de la noche.

Viernes Santo.—A las siete de la mañana sermón de Pasión que predicará el Canónigo Magistral. Horas menores á las ocho y media. Oficios divinos á las nueve, con adoración de la Santa Cruz. Por la tarde, á las cuatro y media, Completas, y á las cinco *Maitines* cantados.

Sábado Santo.—A las ocho, horas menores. A las ocho y media los Oficios, que comienzan con la bendición del fuego y de los granos de incienso: procesión y bendición del cirio y de la pila bautismal; letanias y misa de Gloria.

Lamentaciones y Misereres

Jueves Santo.—Lamentación primera, á cuatro voces, por D. Francisco Javier García (*el Españolito*).

Idem segunda, á cuatro voces, por el Maestro D. Hilarión Eslava.

Idem tercera, á solo de tenor, por D. Manuel Doyagüe.

Miserere, á cuatro voces, por don Manuel Doyagüe.

Viernes Santo.—Lamentación primera, á cuatro voces, por D. Manuel Doyagüe.

Idem segunda, á duo de tiple, por D. Manuel Doyagüe.

Idem tercera, á solo de tenor, por don Manuel Doyagüe.

Miserere, á tres voces, sin orquesta, por el Maestro Hernández.

NOTA.—Todas las piezas se ejecutan con orquesta, menos el *Miserere* del Viernes Santo.

IGLESIAS Y CAPILLAS

En todas las iglesias y capillas habrá Divinos Oficios y quedará expuesto el Señor en los Monumentos. Se estrenará uno magnífico en la Capilla de las Hijas de Jesús.

SERMONES

Viernes Santo.—Sermón de Pasión: en la capilla de la Trinidad, á las seis de la mañana, predicará el R. P. Calixto de Jesús, Carmelita descalzo.

Sermones de Soledad: en San Román, á las tres de la tarde, predicará el doctor D. Aureliano Sevillano; en San Julián el Dr. D. Fernando Gallego, y en San Francisco el R. P. Agustín de Adiós, Franciscano.

MISERERE

Al terminar el Santo Entierro, se cantará el *Miserere* en la capilla de San Francisco.

Honrados altamente con notables escritos, por los Rvms. Prelados de Burgos, Santander y Salamanca, Rdo. Superior General de la Congregación Salesiana, Superior del mismo instituto en Salamanca, doctos Catedráticos de la Universidad Sres. Bedmar y Rodríguez Miguel, y los distinguidos literatos señores Vázquez de Parga y Redondo Díez, á quienes reiteramos la expresión de nuestro agradecimiento, y con la escogida lectura de trozos clásicos é inspiradas canciones de poetas cristianos, y preciosos fotogramas, ofrecemos hoy á los lectores y suscriptores de EL LÁBARO este número extraordinario de Semana Santa que esperamos sea del agrado de todos.

SALAMANCA

IMPRENTA DE CALATRAVA

á cargo de F. Rodríguez.

1899



(1) Morada sexta, c. VII.
(2) Autobiografía, cap. IX.
(3) Camino de Perfección, c. XXXVI.